

Gesualdo Bufalino

Introducción

«Perdida por timidez la ocasión de morir, un escritor infeliz decide curarse escribiendo un libro feliz» **Gesualdo Bufalino, *Argos el ciego*.**

La sangre, el sol, las naranjas, el vino de Marsala, la opera dei pupi, la Rocca Salvatesta en los montes Peloritanos, el Valle de los Templos, los veranos de tonalidad amarillenta, el árido siroco proveniente de África, Luigi Pirandello, Salvatore Quasimodo, Leonardo Sciascia, Giuseppe Tomasi di Lampedusa. ¿Qué es Sicilia? Es la región de la mafia. Armas, armas letales, y drogas, y fiestas a las que quisieras, pero en verdad no quieres, ir. Rostros que preferirías olvidar. Sicilia tiene su propio idioma. El idioma de la máscara. En una entrevista concedida a Tania Dimartino, el escritor Gesualdo Bufalino expresó que todo en los sicilianos es teatral, todo es mímica: sus gestos, sus palabras, sus silencios. Todos representan un personaje para los ojos de otros. Cada persona es dirigida por tres cuerdas: la racional, la social y la emocional. Todo aquel que tenga un cierto rasgo debe asumirlo, expresarlo, volverlo manifiesto: convertirlo en una máscara. Pero, no se apresuren a juzgarlo como algo malo. Así comienza... la comedia del arte.

Bienvenida, bienvenido a Máscaras. Nuestro invitado de hoy es Gesualdo Bufalino. Soy Edmundo Mantilla. Acompáñame. Esta es la aventura siniestra de la escritura, de la publicación, del éxito, de la notoriedad.

Todo comienza en 1980, aunque en verdad inicia mucho antes. Un catálogo de viejas fotografías de la isla de Sicilia llega a las manos del escritor Leonardo Sciascia. Pero sus ojos no se detienen a descifrar la topografía tan familiar, ni la escasa vegetación, sino un prefacio y un nombre. El prefacio posee una inteligencia literaria desconcertante; el nombre: Gesualdo Bufalino.

Tiene, por aquel entonces, sesenta años. Es profesor de instituto. Nació en Comiso. Es hijo de un modesto obrero. En una de sus prosas breves, revela que su padre, antes de morir, le dijo: “Me siento como una cucaracha debajo de un zapato”.

La vida de Gesualdo Bufalino es discreta. Con excepción de algunas mudanzas por estudios y del servicio militar obligatorio, transcurrió en su pueblo natal. Tardíamente contrajo matrimonio con una ex alumna, Giovanna. Tempranamente contrajo tuberculosis, en 1944, y permaneció por dos años en sanatorios: primero en Scandiano y luego cerca de Palermo.

Publicó algunas obras líricas y en prosa en los periódicos ‘L’Uomo’ y ‘Democrazia’. Colaboró en 1956 con la radio pública de Italia con algunos poemas. Pese a su éxito, decidió vivir de forma sencilla y escribir en secreto. Después, en 1981, declaró:

«En lo que escribo, sospecho siempre el abandono a una operación de baja lujuria, una especie de interminable, falsificado cotilleo sobre mí mismo, que debería quedar destinado, por tanto, a un uso estrictamente privado».

No son pocas las coincidencias entre la obra y la vida de Bufalino. Al igual que el joven soldado que es protagonista de *Perorata del apestado*, permaneció una larga temporada internado debido a su enfermedad, en la compañía de figuras que batallan con la muerte, pero que sienten la curación como derrota. Como el periodista de *Tommaso y el fotógrafo ciego*, lo abandonó todo para dedicarse a la misión de espiar las vidas ajenas. Pretendía, como el Tommaso que crea una novela en las cavidades de su mente, «vencer la angustia con la euforia de su estilo». Extrañamente, la muerte a la que envió a su personaje fue su propia muerte: un accidente de automóvil. Fue igual que su *Argos el ciego*: un joven que se sentía viejo y un viejo que quiso sentirse joven. Escribió, nos asegura, con un propósito geriátrico. Y extrañamente podríamos pensar en él como en Vincenzo La Grua, un hombre invadido que sospecha y luego comprueba que ya no es hombre, sino serafín, hermanado al despertar con todos los titulares de un olor, de una cara y de una memoria, pero también tan solitario.

Como escribió Leonardo Sciascia en un artículo titulado “Ecos de trocar”: «La literatura italiana es fértil en sorpresas». Leonardo Sciascia convenció a Bufalino para que publicase *Perorata del apestado*, después de leer aquel prefacio a unas fotografías antiguas, después de buscar el nombre de Gesualdo y el apellido Bufalino y encontrarlo en unas escasas publicaciones de periódico, después de llamar a casa del escritor, quien negaría serlo con un temblor que Sciascia debió tomar por voz y que

decidió ignorar en su asedio, en su intenso acoso para que el profesor vistiera la máscara de escritor. Y Bufalino accedió, aunque reticente, a dejar en su manos el manuscrito de una novela escrita diez años atrás. Desaconseja por completo su publicación porque existen escrituras morales que pueden ver la luz pública, pero su *Perorata* es tan solo un chisme de sí mismo, una estrategia de la lujuria. Bufalino rechaza todo afán de protagonismo; lo suyo es perder, como le dirá Sciascia:

«Perder me ha gustado siempre. Incluso al ajedrez (que jugaba bastante bien de joven) prefería seguir una línea que se llama autojaque y que consiste en obligar al adversario a ganar aunque no quiera. Pero a estas alturas me pregunto: ¿estoy diciendo la verdad?» **Gesualdo Bufalino.**

Días imposibles

Calendas griegas es una de las obras de Bufalino. Su título se refiere a algo que nunca sucederá. Las calendas eran el primer día de cada mes para los romanos; no para los griegos. El emperador Augusto usaba la expresión “hasta las calendas griegas” cuando quería decir que una deuda nunca iba a ser pagada. Por eso y porque en su sentir importan más el estilo, el amor a la palabra, el ritmo y el aroma, Bufalino inventa una vida. Se pregunta: ¿quién no deformaría su vida si tuviera que contarla?

Bufalino se dedica a recordar, pero no para contemplar la engañosa fachada de los hechos, sino para internarse en su intrincada mansión. El hecho mismo de hacer memoria es imposible. Intentamos regresar a los comienzos, pero solo evocamos los nacimientos que hemos presenciado, los que no nos pertenecen, mientras que nunca sabremos decir cuándo inició el infante en nosotros, cuándo comenzó el adolescente, cuándo el adulto sepultó a su predecesor, cuándo la vejez olvidó a quienes fueron.

«Un saco ciego, una guarida delicada», comienza el «atónito desprendimiento de la Nada». Bufalino siente cómo madura la primer conciencia, imprecisa e irrisoria, como la tibieza del agua en el baño, como el aceite que se derrama sobre la frente. Escucha un murmullo que dice: “¡yo, yo, yo!”. Un murmullo que late al igual que el inmenso Leviatán que lo contiene.

Bufalino se describe en un comienzo como un rugoso viejecito, como un gnomo lloroso, un efímero fuego, una cáscara, una pulpa, un testimonio que inaugura el aire. En cuanto se ha comenzado a vivir, se ha comenzado a morir.

Bufalino se pregunta por ese fenómeno tan extraño, la luz. Es una inverosímil estrella. Es un resplandor más ciego que las tinieblas. Es tan cálido como el placer de que un instante y un lugar le pertenecen a él y a ningún otro. Todo compite dentro suyo en los primeros meses: vista, olfato, oído, tacto y gusto. Su alfabeto se limita al llanto y a la sonrisa. Con el llanto implora ayuda. Con la sonrisa se ayuda a sí mismo, se arma de valentía, se convence de que es capaz de vencer a la decrepitud y a la muerte.

«Ansia y contento en módicas dosis son las primeras emociones que experimento. Emociones de enfrentado tenor, pero que en mí casan bien, ya comienzo a saborear el momento en que crecerán para componer una más astuta medida de impotencia y de omnipotencia. A decir verdad jamás me vanaglorio tanto de ser libre como cuando soy reo, nada me seduce más que unas esposas en las muñecas.» **Gesualdo Bufalino, *Calendas griegas*.**

Ayer, Bufalino se libraba de la prisión del vientre; hoy de una casa; mañana de una familia, de una isla; su destino siempre era el escondrijo y luego la fuga. Lo único que puede conocer y acariciar es aquel “sí mismo”. Su mal es no ser Dios, no ser la conciencia y la memoria de todos. Incapaz de pertenecer a su tiempo e incapaz de vivir otros, Bufalino no se rinde. Con su escritura desenreda varios destinos: prepara la fiesta, la comedia; agota las reservas de humor; escancia en su copa la última gota de demencia; entrecruza muecas y miradas tímidas, caprichos y rígidos gestos. Vivía dentro de sí como un huésped.

«¿Dios mío, qué he hecho de mi vida? Debería sentirme en la cima, en el punto de mayor expansión, de la soñada madurez. Y por el contrario sólo llevo gasas y esparadrapos en el alma, una historia de arañazos, rozaduras, errores, sin ni siquiera un grito, una furia épica, una hemorragia.» **Gesualdo Bufalino, *Calendas griegas*.**

Para Bufalino existían dos caminos: uno, ingenuo, el de la novela tradicional, que solo se actualiza con algunas novedades lingüísticas y costumbres sociales; otro, que explora la vida con el lente de un subjetivismo citatorio. Es su costumbre introducir

de forma disimulada pasajes de otras escrituras, ecos de otras voces. No se presta al tan habitual e inagotable vilipendio de la palabra.

Hay un carnaval que es juego que llena de contento y hay un carnaval de la nada. Hay un baile de máscaras que une en su fondo de humanidad y hay un baile de máscaras que se hunde en el fango de las intenciones inicuas. Cuando gana en vigor este segundo movimiento, a Bufalino le duele la vida. Pero se dedica con su prosa a restaurar la confianza con un delicado tejido de palabras.

Termina la vida del fantasma insomne, juego de imaginación y memoria. Contempla asombrado su propia vida y no la de los otros. Procura que las grietas de su cuerpo de cerámica se conviertan en ventanas a un mundo fascinante o que sobre ellas se deposite el brillo de la belleza perdurable, que no siempre es la más bella, pues lo más hermoso nos conmueve de tal forma que no podemos fijar en él la mirada y menos todavía formar de él un recuerdo definido. Bufalino pretende con eso curarse de la escritura. Hay algo muy optimista en su ser. En una entrevista declara: «La mafia será derrotada por un ejército de maestros». Se niega a formar parte de ese grupo de seres desafortunados, cuya única ambición en la vida es perfeccionar el desastre. Como narrador, se siente semejante a Mefistófeles. Intenta, a través del recuerdo y de la inventiva, que sus personaje sean felices o vuelvan a la felicidad pasada.

Tuberculosis

A sus sesenta años, luego de un largo periodo en que el célebre escritor Leonardo Sciascia se empeñó en que convirtiera su manuscrito en libro, Gesualdo Bufalino aceptó publicar *Perorata del apestado* con la editorial Sellerio. Era 1981 y el entusiasmo que despertó la novela permitió a la crítica sobrevivir a la muerte de Eugenio Montale. Sciascia pretendía con su labor desmentir una frase nacida del viento que afirmaba con malicia que «imprimir libros en Sicilia era como cultivar higos chumbos en Milán».

De los árboles solo quedaban nombres y Gesualdo se adentraba de caverna en caverna. Recorría un camino color ceniza que luego se quiebra; debajo de él se abre

un vacío. Y él se adentra hasta el final del embudo. En el verano del cuarenta y seis, querer o desquerer la muerte era su juego. Desde muy lejos, había llegado a la habitación siete de la Rocca, con un lóbulo del pulmón estrujado por el hambre y por el frío, sin otro equipaje que una maleta de soldado que arrastraba consigo, sus dedos entumecidos en torno al metal del asa: llevaba recuerdos secos, un revólver, un par de libros y las cartas de una mujer devorada por el tiempo, bajo la estrella púrpura de las aquileñas.

«Ahora ya no faltaba mucho: había desaparecido la incredulidad y la vergüenza de los primeros momentos, cuando cualquier fibra sigue todavía convencida de que es inmortal y se niega a olvidarlo. Pero sobrevivía el rencor, aunque fuera bajo la especie de una locuaz piedad por mí mismo. Un rey forastero había venido a habitar bajo mis costillas, un innombrable minotauro, al que ofrendaba día tras día el tributo de una libra de mi vida. Era inútil que el corazón, que posee, no menos que la vista, un precioso poder de acomodación, se empeñara en repetirme que era yo quien había elegido aquel mal, para limpiar soberbiamente con mi sangre la sangre que ensuciaba las cosas, y curar, inmolándome en lugar de todos, el desorden del mundo. No servía. Nunca sirve, con el mero fin de consolarse de él, ennoblecer un destino que es forzoso padecer.» **Gesualdo Bufalino, *Perorata del apestado*.**

Pasaron los días y las hojas, las vigiliass de insomnio y las mañanass somnolientass, las semanas. Pasaron y Gesualdo no retuvo de ellas ni un lugar, ni una persona. Solo había un rostro y un pasillo: el de la muerte. Por las noches podía escuchar los ladridos asustados de los perros. Veía cómo las ventanas se apagaban una tras otra, ocultas por la mortaja del día. Tarareaba una canción de días pasados antes de acurrucarse y soñar con el camino color ceniza y árboles sin forma. Fueron días infelices, los más felices de su vida.

¿Qué puede contar un tren que avanza con tumulto por la colina? Compañeros de un ardor incomprensible y de temblores peregrinos, los internados en el sanatorio espiaban las incursiones del vapor, escrutaban bajo las rieles una huella de la vida. Regresaban de sus viajes imaginarios sin botín, más contentos, más tristes. Eran contrabandistas de la vida y de la muerte. Tarde entenderían que ya era amor la pasión que los estremecía la muerte de los demás.

Gesualdo y sus compañeros comparan su situación con una famosa partida de ajedrez: La Inmortal de Andersen. Adolf Andersen, blancas, contra Lionel Kieseritzky, negras. Londres, 21 de junio de 1851. Comienza con un gambito de rey. Las blancas abren las diagonales y lanzan un ataque: su alfil contra el peón del alfil del rey. Las negras contraatacan con la dama por el ala débil del rey. ¡Jaque! Pero el rey se mueve imperturbable a la derecha. Las negras sacrifican un peón para librarse de la presión sobre la casilla más débil. Las blancas lo toman como dioses sonrientes. Las negras avanzan con su caballo, buscan llegar al rey blanco. Las blancas alejan a la dama negra con su caballo, pero las negras insisten: un caballo y la dama atacan el flanco del rey. Las blancas acosan con peones a las dos fichas de ataque de las negras y sacrifican a su alfil. Parece una victoria para las negras, pero su dama está acorralada; retrocede. Ahora, todas las piezas negras están en sus posiciones iniciales: el caballo también es obligado a retroceder. Las blancas han desarrollado sus fichas en varias posiciones. ¿Qué hacer? ¿Qué hacer? Las negras se lanzan a por las torres de las blancas. Avanzan un alfil. Las blancas no asumen el reto. Van a por la dama negra con otro caballo. Las negras responden: eliminan al peón del caballo y amenazan ahora a las dos torres blancas, a las que parece no importarles. Sitúan a su alfil en posición amenazante. Dejan que una de sus torres caiga. Avanza el peón blanco del rey. Las negras se entusiasman; capturan otra torre. Pero las blancas solo piensan en la inmortalidad, y la inmortalidad exige sacrificios, y la dama blanca muere bajo los cascos del caballo. Pero el caballo blanco responde con un rápido galope. ¡Jaque al rey negro! El rey se agita hacia la izquierda del tablero; presiente la desgracia. El alfil blanco asesta un golpe mortal. ¡Jaque mate! Negras: dama, alfiles, torres, caballos. Blancas: dos caballos y un alfil. Ganan las blancas.

La muerte es un biombo de humo. Separa a los vivos de los otros, pero basta dejar una huella, un olor, para que nos encuentren al otro lado. Eso los impulsa a regalarlo todo. La tuberculosis es la vida, el sufrimiento que destruye a los seres humanos, que los derriba y vence, es el observatorio privilegiado de un universo doliente en el que solo permanecen ligeros rastros de «una remota y olvidada piedad». Entre los internos compartían la limosna del momento, los engaños y desengaños de la imaginación y de la vida, que es solo otra forma de inventiva. Si Gesualdo no tuvo el mismo fin que sus compañeros, si todavía respira y si su respiración es el espacio entre palabra y palabra, mayor es su remordimiento, porque había traicionado el pacto silente de no sobrevivir.

Sin embargo, con un sobresalto, Gesualdo sorprende en sí la satisfacción de ya no le importaban la Rocca, ni sus compañeros, concentrados en buscar rudimentarios suicidios con sábanas y letrinas. ¿Por qué? ¿Por qué? Pasaba despacio su mano por el cabello corto de Marta, se dejaba cautivar por su voz y por su aliento moribundo. Como en la partida inmortal, la reina debe morir. Marta, ¿por qué el sacrificio de la dama proporciona un gozo no lejano del amoroso? Finge un acto de piedad y luego se lo arrebató todo.

No obstante, ese fingimiento se transforma en deber; el espectáculo teatral, en realidad de esperanza y amargura, de rebeldía y de desaliento, porque, para los que ven a la muerte en el siguiente paso, lo único que les queda es vivir las vidas de otros, imaginar, una y otra vez, inventar, una y otra vez, existencias imposibles.

«Tal vez por esto me había sido concedida la dispensa, sólo por esto yo me había salvado, y nadie más, de la guadaña: para prestar testimonio, cuando no delación, de una retórica y de una piedad. Aunque ya supiera entonces que preferiría permanecer callado y llevar a lo largo de los años mi perorata al seguro debajo de la lengua, como un óbolo de reserva, con el que pagar al barquero el día en que me sintiera, a consecuencia de otra y menos remisible decisión o llamada, a las puertas de la noche.» **Gesualdo Bufalino, *Perorata del apestado*.**

Memoria

El pasado era su patria. Gesualdo Bufalino hizo un pacto con la memoria. Pedía a los cien ojos de esta diosa que abrieran surcos en la negritud del presente. Pedía la posibilidad de sacar de la aventura una tregua momentánea, una fantasmal ilusión de amar la vida. Su tributo fue *Argos el ciego*. Esta novela fue su ofrenda.

Gesualdo regresa a los días de verano del cincuenta y uno. No había sido feliz antes, ni lo sería después; pero aquel verano vio, en un pueblo próximo al mar, en las calles donde se agitaban las blancas sábanas de lino, en los balcones donde las muchachas exhibían sus angelicales bailes cotidianos, el amor.

Maria Venera. El amor es un gorrión vagabundo. Uno tras otro, Maria Venera clavaba en Gesualdo sus tacones como siete espadas y las miradas como alfileres en un muñeco de trapo.

Bajo el feliz cielo antiguo, Gesualdo escuchaba el paso vacilante de un borracho sobre la calle empedrada. Un figura irreconocible cierra el telón estrellado de la noche. Se puede escuchar a unos pocos actores ocultos. Algunas parejas ensayan un balanceo tierno. Unas pocas manos sostienen, frías, una efigie de mármol, encarnada por las lágrimas de la espera.

Gesualdo recuerda la exuberancia del corazón. Hace memoria de sus amigos, que se jactaban con promesas. Caminaban a los barrios periféricos con pasos que marcaban los metros de una épica que no tardaría en ser comedia. «Saro Licausi, Pietro Iaccarino... Ahora, sombras».

Llevaba años sin contemplar el amanecer. Una noche, Maria Venera escapó de su casa. Su abuelo, Gesualdo y un amigo iniciaron la persecución deshonrosa. Agitaron la fina capa de asfalto de una carretera oscura. No importaba la velocidad. Volcaron: el carro giró sobre sí y cayó sobre sus llantas. Al frente, una tenue luz señalaba una posada. Sonaba música de baile y supieron que allí estaba, Maria Venera. Avanzaron con ímpetu, apartaron al dueño, abrieron la puerta. Sí, ella. Maria Venera. Del hombre nada recordaron. Gesualdo rozó sus hombros y con ese ligero impulso la llevó de regreso; con ella, regresaba la luz de la mañana.

Ahora sabe a dónde conducían las líneas múltiples de sus venas, los impulsos de la sangre. Aunque las palabras vuelvan corrupto el ligero cuerpo infantil, Gesualdo avanza, empuja hacia atrás su lengua de ochenta años y busca el secreto de una vestidura de payaso que haga las veces de la vida. Cree que si cuenta personajes en vez de ovejas, quizá, quizá...

Aquel verano, Gesualdo pensó en lo cálida y buena que era la vida, en la cumbre que espera tras innumerables peldaños, en la sonrisa breve que la prisa nos arranca, en un beso en los dos ojos, en la luz maravillosa de un vestido blanco. Era, por aquel entonces, y quizá lo fue siempre, un poeta flauta, una flauta de dos notas: una nota triste, una nota alegre. Las sentía silbar con los vientos de las estaciones. Unos días,

pensaba en cómo morimos todos en la muerte de los demás, en la muerte de quienes nos recuerdan, y en cómo nos convertimos en asesinos con cada instante que olvidamos. Otros días, su pensamiento era una canción saltarina que celebraba el milagro de producir burbujas con unos pocos signos.

«¿O no era acaso, la felicidad, el sentimiento de una suspensión, el sentimiento de un tiempo inmóvil y dorado? O sea, el engaño de que el sol se petrifique donde está, y la luna; de que en nuestra sangre ninguna célula envejezca ni un solo instante en ese mismo instante que parece pasar y no pasa, parece no pasar y ya ha pasado. Oh, interrumpir, suspender el tiempo: de modo que todo, piedras, peces, pájaros, hojas, frutos, y yo y tú, Maria Venera, sean y seamos fulminados por la luz en un radiante e incorruptible «ahora»: inmóviles, sin que la resaca de nuestros ayeres nos sumerja, nos rebose por encima de los labios; sin que la escollera de los mañanas, erizada de pinchos y cuchillos, nos amenace con catástrofes y muerte; ningún pasado, ningún futuro, sólo presente, con todos nosotros, felices, bellos y durmientes en el bosque, rey, reina, cortesanos, princesa, el propio príncipe... en un presente invariable que es la misma fiesta dorada de este junio del cincuenta y uno...» **Gesualdo Bufalino, *Argos el ciego*.**

Final

Gesualdo Bufalino dijo: «Nacer es humano, perseverar es diabólico». Hacia las seis del menguante día, respirando con dificultad el aliento ardiente sin ardor de las nubes en el cielo de un viernes que atardecía, Gesualdo tuvo un accidente de automóvil. Impelido por un oscuro presentimiento, podemos imaginar cómo se desprende un cristal o un fragmento brillante de la carrocería, refleja la pupila asombrada del escritor por un breve instante, dura lo que le toma decidir que su impulso ha de conducirlo más allá y que ha de ser el momento de que todo aquello que ya fue se traduzca en velocidad: competir con la luz, aunque jamás supere, ese fragmento, aquello que reflejó, la súbita claridad de unos ojos de color indefinible, alcanzados por la suma de todo el espectro visible e invisible.

Los médicos le pronosticaron lesiones no tan graves. Pero el hormigueo de las luminarias y la imprevisible vida ya le habían arrebatado un pulmón, y las fábulas de

amor le regalaban la única moraleja que podían regalarle: problemas cardíacos. Lo esperaba en casa su nonagenaria madre.

«Tú, escasa, misteriosa vida, ¿qué puedo decir de ti? Si siempre me has mostrado ese aire de muñequita maquillada; si nunca has hecho nada para persuadirme de que eras verdadera... ¡Odiable, amable vida! Cruel, misericordiosa. Que caminas, caminas. Y estás ahora entre mis manos: una espada, una naranja, una rosa. Estás, no estás: una nube, un viento, un perfume...

Vida, cuanto más languidece tu fuego más lo amo. Gota de miel, no te caigas. Minuto de oro, no te vayas» **Gesualdo Bufalino, *Argos el ciego*.**

Escrito por: Edmundo Mantilla